

CATHY HOPKINS

# Diosas y plebeyas



# 1 Día de San Valentín

—Llegó la correspondencia, Lia —me avisó mamá al pasar frente a mi cuarto.

Miré por la ventana y vi la camioneta de correos alejándose por el camino. Era un hermoso día de sol y la vista desde mi ventana era deslumbrante. Terrenos aterrizados y extensos campos que bajaban hacia el mar y hacia nuestra playa privada. Aunque hace casi ocho meses que estoy oficialmente viviendo en mi casa, aún me entusiasma abrir las cortinas por la mañana, pues es un cambio muy grande respecto del edificio de apartamentos que veía cuando vivía en la escuela, en Londres.

—Bajo enseguida —respondí, y entré al baño en busca de mi portacosméticos. No tenía mucha prisa por bajar. Hoy, no. Era viernes 14 de febrero, Día de San Valentín. Era el día de las tarjetas, y sabía que no habría ninguna para mí.

Mientras me aplicaba un poco de brillo labial, recordé ese mismo día del año anterior, cuando aún vivía en la escuela. Había recibido montones de tarjetas. También tenía muchos amigos: Jason, Max, Elliot, Leo, Edward. Ninguno era mi alma gemela ni nada serio; sólo eran parte de mi grupo de amigos. Pero sí había tenido citas. Y tarjetas. Nos las enviábamos sólo por diversión y para que nadie se quedara sin la suya.

La vida es muy distinta desde que me mudé aquí, a Cornwall. Nueva escuela, nuevos amigos, todo nuevo pero nada de romance. Ni una sola cita. De ahí mi falta de expectativas en relación con las tarjetas de San Valentín.

Me demoré en mi cuarto, preparándome para la escuela, hasta que la curiosidad me superó. Tal vez había una tarjeta de algún misterioso extraño que suspiraba por mí en secreto. Un admirador que se revelaría más tarde: eso sería lo mejor que podría pasarme, después del helado de mousse de chocolate. Sí, y tengo a Frankenstein viviendo en el refrigerador, pensé, al tiempo que tomaba mi mochila y me dirigía a la planta baja.

Cuando bajé, mamá estaba clasificando una pila de sobres en la cocina. Levantó la vista y, por su expresión, me di cuenta de que mi presentimiento había sido acertado. No había nada para mí.

—No importa —le dije—. No esperaba nada.

Mamá meneó la cabeza.

—Todos estos chicos de aquí necesitan que les examinen la cabeza. —Señaló una jarra que había sobre la mesa de la cocina.— Preparé jugo de zanahoria, naranja y frambuesa. Sírvete.

—Eh... creo que tomaré sólo de naranja —respondí, mientras me dirigía al refrigerador y lo sacaba.

Los jugos son una de las pasiones de mamá, en parte por razones de salud y en parte por estética. Ella tiene cuarenta años pero aparenta apenas treinta, y se lo adjudica a los jugos. Dice que le quitan años a la gente y que son excelentes para mejorar la piel. Hace algunas mezclas fabulosas, pero otras son realmente extrañas. Eché un vistazo al oscuro líquido color carmesí que había en la jarra.

—No pensarás servir eso en la fiesta de esta noche, ¿verdad?

Mamá rió.

—No. Claro que no. Serviremos Bellinis, pues el tema de la fiesta es Venecia.

—Eso es champaña con jugo de melocotón, ¿no?

Lo sabía porque a mi hermana Estrella le gustan. Siempre tiene una botella de champaña y un cartón de zumo de melocotón en el refrigerador, en su apartamento de Notting Hill. Me causa gracia, porque a

veces eso es todo lo que tiene en el refrigerador y, cuando voy a quedarme con ella, tengo que salir a comprar comida. No es que Estrella no coma. Pero la mayoría de las veces lo hace afuera y casi nunca está en casa.

Mamá asintió.

–Hay un lugar en Venecia, cerca de la Plaza San Marcos, que se llama *Harry's Bar*. Es famoso por sus Bellinis.

–¿*Harry's Bar*? No suena muy italiano. Parece más el nombre de un café en el este de Londres.

–Lo sé –dijo mamá–. Pero, al este de Londres es posible que haya un famoso café llamado *La Dolce Vita*, donde preparen el mejor té de la ciudad.

Reí. Cuando se trataba de festejar algo, mamá estaba en su elemento. Si alguna vez necesitara trabajar, ese sería un trabajo perfecto para ella, pues generalmente está haciendo alguna fiesta o planeando la próxima. Siempre a lo grande, con un tema distinto y sin reparar en gastos. Esta vez, la gente que estaba preparando la fiesta llevaba semanas en casa, recreando Venecia para un baile de máscaras que se haría en una gran tienda en la zona más elevada del jardín. Me sentía como si estuviese viviendo en un hotel, con todos esos camiones afuera y gente que iba y venía con enormes arreglos florales, telas o luces.

–¿Llegó alguna tarjeta para el galán de Cornwall? –pregunté.

El galán de Cornwall es mi hermano mayor, Ollie. Vive en la escuela en Londres, pero viene más o menos una vez al mes y tiene aquí una larga lista de admiradoras, entre ellas, mi amiga Cat.

Mamá contó las tarjetas.

–Tres. Pero la mayoría de las chicas se las envían a la escuela, porque saben que está allá en la semana.

–Supongo que sí –dije–. De hecho, tal vez la oficina de correos tuvo que alquilar un transporte extra para llevar toda la correspondencia de él.

Ollie siempre ha sido un imán para las chicas. Tiene la estupenda estructura ósea de mamá y sus ojos azules, pero con pelo oscuro como

el de papá, en lugar de ser rubio como mamá y yo. Me pregunté si Cat le habría enviado una tarjeta. «Algo» pasa entre ella y Ollie desde el verano. Nada oficial, pero cada vez que están juntos, se nota que se gustan mucho. Cat sabe que él tiene fobia al compromiso y por eso no espera demasiado. Creo que es una de las cosas que a Ollie le agradan de ella y por eso duran tanto. Ella no lo persigue, mientras que otras chicas prácticamente acampan frente a su puerta para atraparlo. Lo cual es la manera perfecta de alejarlo, de modo que Cat está haciendo lo indicado.

–Yo recibí una de tu papá. –Mamá sonrió al colocar una enorme tarjeta con flores sobre la mesa–. Y él, como siempre, recibió una bolsa llena.

Mi papá es Zac Axford, cantante de la banda de rock Hot Snax. Tuvieron mucho éxito en los años ochenta y él aún tiene un puñado de seguidores fieles que no lo olvidan, aunque la mayoría de ellos ya son cuarentones. Yo le digo, bromeando, que es como Elton John con su club de fans de mediana edad, pero, con su aspecto de estrella del rock en decadencia, sus jeans gastados, sus chaquetas de cuero y el pelo hasta los hombros, se parece más a Mick Jagger que a Elton.

Pasé al vestíbulo, tomé mi chaqueta y salí a esperar que Meena, el ama de llaves, trajera el *Mercedes* para llevarme a la escuela. Max y Molly, nuestros setters irlandeses, vinieron a darme el saludo matutino habitual de lamidas y patas en los hombros. Al menos ustedes sí me quieren, pensé, cuando Max casi me derribó.

No podía evitar sentirme decepcionada porque no había ninguna tarjeta para mí, a pesar de que había presentado que no las habría. Supéralo, no es el fin del mundo, me dije. Está bien, no tengo novio aquí, ¿y qué? Al menos hice buenos amigos: Cat, Becca, Mac y Zoom. Son un muy buen grupo y diferente del de Londres, sus relaciones parecen durar más. Becca sale con Mac desde hace unos seis meses, y Cat salió con Zoom unos años hasta que se separaron el verano pasado, cuando ella cayó bajo el hechizo del galán de Cornwall. Yo o cualquiera de mis amistades de Londres no duramos más de tres meses en una relación. Nadie quería atarse a una sola persona.

Aun así, este nuevo grupo ha resultado fantástico y me ha hecho sentir bienvenida. El primer día de clases del año pasado me sentía petrificada, y me preguntaba si no habría sido un grave error pedir que me cambiaran de escuela. No era que no me gustara mi antigua escuela; me gustaba, sí, y tenía buenas amigas allá: Tara, Athina, Gaby, Sienna, Isabel, Olivia y Natalie. Todo cambió después de que mamá y papá compraron la casa aquí. Tuve que quedarme a vivir en la escuela y, como la mayoría de mis amigos sólo estaban allí de día, por las noches solía sentirme muy sola. Además, tenía mucho viaje para llegar a casa los fines de semana. Sentía que nunca pasaba suficiente tiempo con mamá y papá, pues siempre estaba en un tren, yendo o viniendo. A Ollie no le molestaba. Él quería quedarse allá, pero yo le dije a mamá que prefería ir a una escuela local y vivir en casa. No se opuso ni trató de disuadirme, ni siquiera por un segundo, y creo que me echaba de menos tanto como yo a ella. Habló con la directora de aquí y lo arreglaron todo. Me mudaría después del octavo año.

Cuando llegué a la nueva escuela todos parecían conocerse muy bien, charlando y poniéndose al día después del verano. Sabían dónde eran las clases, quiénes eran los profesores y los alumnos. Y sólo quedaba yo: la chica nueva de noveno año, intentando descubrir dónde ubicarme. Estaba claro que allí había amistades y grupos ya establecidos, y me pregunté si estaba destinada a estar sola todo el año, mirando a los demás desde lejos. No fue mi mejor momento, y echaba de menos a mis amigos de Londres. Cat fue mi salvadora. Se ofreció a mostrarme la escuela y nos llevamos bien desde el comienzo. Es una de las personas más simpáticas, genuinas y sencillas que conozco. Su mamá murió cuando ella tenía nueve años y creo que eso la hizo crecer más rápido. La cuestión es que la hizo sensible a los demás cuando se sienten un poco perdidos, tal vez porque ella misma se sintió así al morir su madre.

Oí la bocina del auto frente a las cocheras, de modo que respiré hondo y me preparé para la inevitable inquisición en la escuela.